

Carnets 3: el diario íntimo de Albert Camus

Pedro Antonio López Sierra
Seminario Andrés Bello,
Instituto Caro y Cuervo

“El que ha concebido lo que es grande
debe también vivirlo”.

Nietzsche

Este diario fue concebido entre marzo de 1951 y diciembre de 1959. En él se reúnen los pensamientos de Albert Camus en torno al arte, la literatura, la vida, los viajes y esa condición humana que siempre lo obsesionó. La primera edición en castellano apareció en 1996, realizada por Alianza Tres. La traducción estuvo a cargo de Emma Calatayud. Los *Carnets 3* se mantuvieron inéditos durante mucho tiempo después de la muerte del Nobel francés de origen argelino, acaecida el 4 de enero de 1960.

En palabras de José María Guelbenzu, este conjunto de ideas para futuros escritos, apuntes íntimos, sentencias y citas célebres de eximios filósofos, pensadores y humanistas del mundo occidental puede considerarse “el diario más personal de todos, el que con más intimidad retrata el espíritu y el drama de uno de los hombres más representativos de nuestro tiempo”.

En *Carnets 3* se puede percibir la evolución intelectual y espiritual de un ser humano comprometido con su época y testigo insobornable de la misma. Las 234 páginas que conforman este texto muestran la figura de un hombre desgarrado entre el cielo y la tierra. El diario es testigo fiel de la admiración y el amor de Camus por la vida y la obra de pensadores y escritores como Tolstoi, Ferrero, Nietzsche,

●

Si hay una
característica que
distingue a los *Carnets*
3 es su tono intimista y
los fragmentos
biográficos de una
angustia vital.

●

Ségre, Wilde, James, Mauriac, Emerson, Thoreau, Montesquieu, Chesterton, Balzac, Molière, Dostoyevski, Constant, Tocqueville, Montherlant, Stendhal, Melville, Berdiaeff, Chejov y Ortega y Gasset, entre otros. De igual manera, sobresale en el texto el amor de Camus por el mundo helénico, representado en su alma griega.

Sus asiduas lecturas, sus vivencias cotidianas, sus viajes a Italia, Grecia, Holanda, Checoslovaquia y Argelia, van conformando su visión del mundo y de la vida. Los *Carnets 3* son fiel reflejo de ocho años decisivos en la vida de Albert Camus. De los 38 a los 46 hay momentos trascendentales para el ser humano, momentos en los cuales las crisis vitales se presentan y exigen una toma de posición frente al

mundo. Estos ocho años son vividos y registrados uno a uno. Una de las grandes preocupaciones de Camus durante este período es la culminación de una obra en la que había cifrado todas sus esperanzas: *El primer hombre*. De este hecho dan cuenta las múltiples citas de esta novela autobiográfica, en la que trabajará hasta el momento de su muerte.

Si hay una característica que distingue a los *Carnets 3* es su tono intimista y los fragmentos biográficos de una angustia vital. En ellos se reitera, una y otra vez, ese drama al que están destinadas las almas humanas más egregias: su anhelo de gloria y de grandeza y el reconocimiento de sus limitaciones; su hambre de inmortalidad y la conciencia de lo efímero de la existencia; su lucha entre el ser corriente, de carne y hueso, y la figura públicamente reconocida; la pugna entre el tiempo libre para sus seres queridos y el tiempo dedicado a la creación artística; en fin, la *agonía*, en el decir de Miguel de Unamuno, entre el ser humano para sí mismo y el ser humano para el mundo.

Este drama, representado en la imperfección del hombre y en su tendencia a dejar huella de

su paso por el tiempo y por el mundo, se manifiesta en la visión existencialista de Camus. El es hombre el único responsable de su libertad y de su destino, y, como tal, debe elegir y aceptar las consecuencias de su elección. Camus lo expresa en este diario, empleando diez palabras amadísimas para él: *mundo, dolor, tierra, madre, hombres, desierto, honor, miseria, verano y mar*. Alrededor del campo semántico constituido a partir de estos grandes temas, Camus construye su itinerario vital en *Carnets 3*.

El *mundo* y su momento histórico son desvelos frecuentes para Camus, quien los asumió con una actitud de compromiso y de amor por la verdad. El siglo XX, al que denominó en alguna ocasión *el siglo del miedo*, merece su atención en este diario:

Siglo de la serenidad. El peligro de catástrofe extendido hasta ese punto se confunde con el porvenir mortal de toda condición. Por eso, estar en regla con nuestra época supone hoy estar en regla con la muerte. Este siglo extremadamente peligroso es así mismo el de la más elevada serenidad¹.

La contemplación de este siglo, tal vez el más sangriento de la historia humana, le permite a Camus volver la mirada a sus contemporáneos y compadecerse de ellos: "A veces siento que me invade una inmensa ternura por esas gentes de mi alrededor que viven el mismo siglo".

¹ Camus, Albert. Obras 5. Madrid, Alianza Editorial, S.A., 1996, p. 241.

El conflicto se presenta en esa dualidad entre el peligro y la serenidad, entre la vida y la muerte. La contemplación de este siglo, tal vez el más sangriento de la historia humana, le permite a Camus volver la mirada a sus contemporáneos y compadecerse de ellos: “A veces siento que me invade una inmensa ternura por esas gentes de mi alrededor que viven el mismo siglo”².

Para este mundo del siglo XX, Camus pide una verdadera aristocracia:

Por más que pretenda otra cosa, el siglo anda buscando una aristocracia. Pero no ve que para ello necesita renunciar al objetivo que se fija como principal: el bienestar. No hay aristocracia sin sacrificio. El aristócrata es, en primer lugar, el que da sin recibir, el que se obliga. El antiguo régimen murió por haber olvidado esto³.

El Nobel francés no duda en considerar a la aristocracia como necesaria para vivir en un mundo más digno humanamente. Al fin y al cabo, la aristocracia debe abogar por la formación de un hombre moral, social e intelectualmente superior. Para Camus sólo se pueden imaginar dos aristocracias: la de la inteligencia y la del trabajo. Las dos se necesitan mutuamente para configurar, algún día, una imagen superior del hombre.

Esta imagen superior del hombre puede y debe conducir a la idea de una democracia bien entendida, que no es cosa distinta a una aristocracia en proceso, una organización social anhelosa por la superación de todos sus miembros, a la que deberían orientar y

governar siempre los mejores, los *áristos*, como decían los griegos, y no quienes se creen *más o menos* capacitados para hacerlo”⁴.

Camus siempre fue consciente de este hecho. Su pensamiento aristocrático y su filosofía de la vida lo obligaban a darse, a prodigarse, a exigirse. Por eso, no es gratuito que escriba el 22 de julio de 1956, a sus 43 años: “Cuando no se sabe más que esto: quisiera ser mejor”. Este aforismo guiará su vida y su obra. Querrá ser mejor. No obstante, nunca estará contento ni satisfecho con lo que hace; por el contrario, Camus siente que aun dando lo mejor de sí, nunca logrará darlo todo. En ocasiones, hasta se siente vacío porque dando todo de sí, nunca lo dará completamente.

Los *Carnets 3* retratan asimismo el drama personal de Camus. Una carta, fechada el 15 de febrero de 1953, ofrece información significativa al respecto:

“La verdad es que disputo al tiempo y a las personas cada hora de mi trabajo, muy a menudo sin conseguirlo. No me quejo. Mi vida es como yo la he hecho y soy el primer responsable de su dispersión y de su ritmo [...]. No tengo tiempo de escribir para las revistas, ni sobre Jaspers, ni sobre Túnez, ni siquiera para arrebatarme un argumento a Sartre. [...] No tengo ni tiempo libre ni el reposo interior para ponerme enfermo. Cuando lo estoy, mi vida se convierte en un desbarajuste y tardo semanas en recuperarme. Pero lo más grave es que ya no tengo tiempo ni libertad interior para escribir mis libros y tardo cuatro años en escribir lo que, de no ser así, me habría costado un año o dos”⁵.

² Ibid., p. 363.

³ Ibid., p. 204.

⁴ Zubiría, Ramón de. La dignidad del coraje. Edición de Camila Segura y Hernando Cabarcas. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1998, p. 283.

⁵ Camus, op. Cit., p. 252.

*Albert Camus vislumbró y vivió la grandeza a
que puede aspirar un ser humano.*

Ese tiempo va transcurriendo inexorablemente. El *dolor* por el tiempo que pasa y su amor por los *hombres* lo obligan a mirarse a sí mismo y a escribir esta confesión de vida efímera:

A los cuarenta años uno consiente el aniquilamiento de una parte de sí mismo. Quiera el cielo al menos que todo este amor no empleado venga a enderezar y a hacer resplandecer una obra para la que ya no tengo fuerzas en este momento⁶.

De tal aniquilamiento de una parte de sí mismo quizá sea responsable esa naturaleza desértica y solitaria, tan propia de Camus. Él mismo es consciente de esta condición cuando afirma en su diario que no puede vivir mucho tiempo con las personas y que necesita un poco de soledad para sí: esa soledad que es la parte de eternidad de todo ser humano. Camus se siente extranjero respecto de los demás. Este extrañamiento de sí mismo y para sí mismo vislumbra la imagen de un espíritu atormentado.

El Nobel francés siente que nada mejor para servir a los demás que apartarse de ellos. Empero, esto no es siempre fácil, pues exige del ser humano vencer su naturaleza y encauzarla a sus objetivos:

El esfuerzo más agotador de mi vida ha sido el de vencer mi propia naturaleza para obligarla a servir a mis mayores designios. De tarde en tarde, sólo de tarde en tarde, lo conseguía⁷.

Este drama íntimo y personal también encuentra su manifestación en la lucha continua entre el amor y la amistad para con sus seres queridos y su vocación artística. Al respecto aduce:

Desde hace unos años, por lo demás, mi obra no me ha liberado: me ha esclavizado. Y si la continúo, es porque no puedo por menos de hacerlo y la prefiero a cualquier otra cosa, incluso a la libertad, incluso a la sabiduría o a la verdadera fecundidad e incluso, sí, incluso a la amistad⁸.

Camus ha elegido la creación por encima de todo. Ha puesto todas sus fuerzas al servicio de la extenuante pasión de crear, y para lo demás se considera el más desprovisto y menesteroso de los seres humanos. Pero considera que, a pesar de todo, ha fallado y de tal magnitud es su exigencia ética que llega a exclamar, aun a riesgo de ser duro consigo mismo: “Me hago de mí la idea más horrorosa durante días y días”.

⁶ Ibid., p. 231.

⁷ Ibid., p. 426.

⁸ Ibid., p. 253.

El 28 de febrero de 1952, Camus, que entonces cuenta 38 años de edad, escribe esta muestra de angustia existencial:

Si yo tuviera que morir esta noche, moriría con un horrible sentimiento, que me era desconocido y que, sin embargo, esta noche me hace daño. El sentimiento de que ayudé y ayudo a muchas personas, y que, no obstante, nadie acude en mi ayuda... no estoy orgulloso de mí⁹.

No está orgulloso de sí mismo. En lo sucesivo estará solitario por su propia decisión, alejado de los hombres y firmemente entregado a la creación artística contingente ante sus ojos:

Miedo de mi oficio y de mi vocación. Si soy fiel, me encuentro con el abismo; si soy infiel, con la nada¹⁰.

La justificación de su vida está en las obras de arte que crea. Solo el arte puede justificar la existencia de Camus. En casi todo lo demás se siente fracasar. El credo de Camus es claro: "Como creador he dado vida a la misma muerte. Es cuanto yo debía hacer antes de morir"¹¹.

El drama en Camus es una constante. En *Carnets 3* este drama se expresa con vehemencia en los tres años que antecieron a su

desaparición. Las últimas páginas de este texto dan cuenta de ese transcurrir cotidiano de un hombre que, quizás, presentía que su paso por este mundo había llegado a su final. La noticia inesperada del Premio Nobel de Literatura, la enfermedad de Catherine, la operación de su señora madre, la muerte de su gran amigo Roger Martin du Gard, la desazón el 7 de noviembre de 1958, al cumplir los 45 años, su naturaleza y su enfermedad pulmonar golpean su ánimo durante esos años que anteceden a su trágico fallecimiento.

Albert Camus vislumbró y vivió la grandeza a que puede aspirar un ser humano. Sus 46 años de vida fueron suficientes para mostrar al mundo el valor de crear y de elegir un modo de vida. No necesitó más años para decir lo que tenía que decir, para escribir lo que tenía que escribir:

Me esforcé por vivir como todo el mundo, por parecerme a todo el mundo. Dije lo preciso para unir, aun cuando yo me sentía separado. Y al cabo de todo esto llegó la catástrofe. Ahora me paseo por entre las ruinas, estoy sin ley, cruelmente dividido, solo y aceptando estarlo, resignado a mi singularidad y a mis discapacidades. Y debo reconstruir una verdad, tras haber vivido toda mi vida en una suerte de mentira.

hojas Universitarias.....

⁹ Ibid., p. 226.

¹⁰ Ibid., p. 256.

¹¹ Ibid., p. 297.